

ses debieron de poner junto al rollo aquellas casas de placer, sin duda fué por tener en un mismo cartapacio culpa y pena. Decía un papelista de aquí de Salamanca que como no hay sermónario que no tenga junto con la pascua la Cuaresma, tampoco hay placer carnal que junto á un hoy no tenga un ay, y junto á un pequé, un por ello; el ejemplo no es muy á pelo, pero pase siquiera; porque no se quejen los papelistas que no entran en la picarada, y así es bien que los citemos siquiera á una vez de remate. Lo que yo sabré decir es que como yo era niña y vi la horca antes del lugar, y junto á la casa de las mujeres maletas, pensé que era tan bravo el Leon, que en saliendo las gentes del lastre de la casa los subian á la cámara de popa del rollo, y que en apeándose de las burras, los subian al caballo de canto, y no de órgano; mas despues perdí el miedo, y vi que no era tan bravo el Leon. Todas estas imaginaciones y buenos conceptos me importaban para entretener el cansancio, con el cual iban batanadas mis asentaderas, lo que era bueno y aun lo que era malo. Si tuviera un ojo en un dedo, como pidió el momo, á fe que con él pudiera ver estampada en mis espaldas la verdadera imágen de una albarda; por esta causa si alguna vez salía yo con alguna bachillería y me preguntaban mis compañeras: Justina, ¿para quien te mete la paja? respondía: Hermanas, la albarda. Tambien estos buenos pensamientos me sirvieron de freno para refrenar el temor que llevaba, pensando que por la mucha humedad del sitio, cuando llegase á la posada nos habia de haber nacido berros en las uñas á mí y á la jumentilla.

Ya entré por la puerta que dicen de Santa Ana, y á fe que no faltaron gentes que mirasen la procesion de los que entráramos, y sobre todo la Mesonera burlona hacia raya, que un cansancio, aunque embota el gusto, aguza el garabatllo. Hice paraje en un meson que está pegante con la misma puerta de Santa Ana: lo primero, porque mi cansancio no me daba mas licencia, que al cansancio los antiguos le pintaron con las piernas trozadas; lo segundo, me entré allí por ver entrar gente de Campos empanada en carretas; lo tercero, por tener cerca un paseo, que llaman el prado de los Judios, y lo principal, porque ví una fuente apacible allí junto á la puerta del meson, fuente es que corre cuando quiere, y algunas veces se queda á oír visperas en la iglesia mayor ó hacer colacion de rábanos en la plaza de San Martin. Dígolo porque con todos estos puestos y manantiales, tiene necesidad de hacer cuenta antes de llegar allí; y aun cuando llega, trae necesidad de otra tanta agua con que lavar el barro que ha cogido en estas estaciones. Yo habia oido nombrar la fuente de Jabalina, y viendo que allí iban á beber muchos caballos que habian venido de acarreo para las fiestas, pregunté si era aquella la fuente cabalina; engañóme el nombre. Sucedióme tambien un buen chiste, y fué que me dijo un leonés, viendo que yo miraba á aquellos caballos forasteros: ¿Qué mira, señora hermosa? ¿Espántase de que haya en Leon gente de á caballo? A fe, se-

ñora, que si hubiera en Leon caballos, que hubiera muchos caballeros. Mira por tu vida, qué querrias que le respondiese, sino un arre allá; pero díjele, porque me dejase, que segun vi en él, era uno de los que buscaban caballo, y pudiera ser que me cayera á cuestras la respuesta y el arre allá. Díome gusto que vi bien proveido el meson; y sin duda lo estaba mejor que el mio, digo de alhajas, mas no de astucias, que á las mocitas de municion se les via el juego á legua, parecian todas sus trazas hijas del clérigo, segun se traslucian ellas de intencion bien pecadoras; mas faltábanles la sal y el saber, faltábanles el consejo de una buena madre que yo tuve, la cual con media espolada de ojos nos hacia andar á las quince, si no es que la mano de su reloj anduviese de posta, que para este caso no habia regla cierta; si era necesario, con un mismo candil nos hacia alumbrar y deslumbrar. Era ella una Circe, y mi padre otro Estabulario, tal, que no les faltaba sino convertir á los huéspedes en mulas; y si hicieran, si no temieran que siendo todos mulas, todos comieran la cebada, y ninguno la pagara. Yo no sé cómo no fundaron una universidad de mesoneros, que otras ha habido de menos consideracion, á lo menos provecho, así que las mocitas de este meson eran en grado superlativo boquirubias. ¡Cuitaditas! no tenían maestra. ¿Qué habian de hacer? ¿Quién tuviera lugar para hacerles buena obra? Lástima les tuve. El otro para llamar siempre á uno, decian, el señor Fulano muchas veces come sin plato; yo se lo dije á las bobillas, por ver si habian aportado á la provincia de Pulla, siquiera de barlovento, y me respondieron si el pan, y pensaron que habian hilado beatillas.

Estando pues contemplando profundamente la somería de estas parvulitas y examinando una de ellas, que segun me dió á entender, pretendia sacar carta de exámen, y para poder públicamente hacer su labor, digo de mesonera, sin temer malsines, quiso mi buena suerte que acaso y sin pensar supe cómo el fullero del ojo rezmellado, el que me dijo en el camino que los *agnus Dei* eran bulas de coadjutoria, posaba en aquel meson, lo cual no me dió poco gusto; porque demás de que yo se las habia jurado, toda mi vida tuve inguina contra escolares, como el perro de Alba contra los carpinteros de la Veracruz.

APROVECHAMIENTO.

La persona que una vez pierde el respeto á Dios, mira con desprecio las cosas santas y no santas, las honrosas y las que no lo son tanto, y de aquí es que aun de las piedras, calles y edificios y paredes murmura y fisga.

CAPITULO IV.

Del fullero burlado.

1.—DE LA DEL PENSEQUE.

Seguidilla.

Hácese bobilla la del penseque,
Y no mira á cosa que no penetre.

Ojos que ven no envejecen, si no son los del águila, que cuanto mas pico ven, van mas á villa vieja. Tambien digo que de la regla dicha exceptúo los ojos de mi amigo el ojmel, el sobrino del hermano del cura, el que nos vendió el galgo, el cual con la continuacion del juego y falta de sueño andaba tan chupado, que pensé que se le habia exprimido el alma por los ojos; de puro brujular se habia tornado brujo; así, porque no envejeciesen mis ojos todos once, mientras esperaba alguna coyuntura para hacer la burla al del ojo arremangado, quise ver, y no por brújula, todo lo que habia que ver en Leon, que ojos, y de leon, aun durmiendo, es bien que estén despiertos, y aunque tuve bien que mirar en algunos buenos picos que acudieron á decir donaires, mas como ojos de águila envejecen viendo pico, no quise que me acaeciese otro tanto; en resolucion, quise ver libremente sin costas, sin echar sisa en voluntad ajena ni pagar alcabala de la propia; y para esto era propio ver de léjos y guardarme de picos, que, ó son picadores, ó picardeadores; yo pensé que habia mucho que ver en las fiestas; mas confieso que no habia, aunque miento, yo me absuelvo que sí habia; y es bien decirlo, porque no nos maten los leoneses, que tienen nombre de azadon, de los que llaman legones y azadonadas; me harán decir la oracion de los leoneses y de Leon. Lo primero granado y la granada habian desembarcado allí, y habian de representar la comedia de Santa Tais y Santa Egipcíaca, y habia de salir la granada con una calavera en la mano, que cuando la vi salir pensé que era vieja que salía á echar agua bendita á algun cimiterio. Tambien traían el entremés de los sacristanes enharinados, que parecian puramente torrijas enalbardadas, y otros muchos entremeses que comenzaban. Digo que somos las mas desgraciadas del mundo estas que somos hermosas, como es uso y costumbre con todos los entremeses de Maricastaña: miren si habia que ver, así hubiera que beber; pero todo el vino que habia era vino á la malicia; pero dejado esto, cree que no soy tan festiva, que ni iba tan descuidada de mi tiro, que no pregunté, y supe á qué hora vendria puntualmente el fullero al meson, de lo cual hice alforja para su tiempo y coyuntura, que todo está en guardarla, como boca de enfermo. Yo pensé que era verdad lo que maldicientes dicen, que las mujeres tenemos correo ordinario y posta que marcha del corazon á la lengua, y de la lengua á todo el mundo; mas de veras que yo no despegué mis labios para decir á persona alguna con qué fin inquiria del estudianton, y crean que nos agravian si piensan que no sabemos ser cerrajerías de bocas

las mujeres. Dénme que sepa una mujer que le importa para algun gusto ó provecho, que con las de Nicodemus no le abrirán los labios. Pregunto: ¿No era mujer Angerona? Sí, pues ella fué la que á la entrada del templo de la diosa Volupia estaba con el dedo puesto en la boca. ¿Qué era aquello sino que si la mujer huele que hay entrada para algun gusto ó deleite, significado por la diosa Volupia, es mas cerrada que trozo de nogal rollizo?

E informada pues de este punto, con el posible silencio partí á ver un rato la ciudad, iglesia y fiestas; debí de parecerles melosa á algunos hijos de vecino de Leon, aunque los leoncillos son retozones como sacchorros, y aun me dicen que despues de grandes son sugetones; deben de ser leones de la cuarta especie de los que fingió el poeta que se convirtieron en moscas. Algunos de estos moscones se me pegaron, á título de que en un portal mio que yo tenia en Mansilla bien regado habian estado de camarada como huevos en cazo de agua; la que yo sudé en ir por la calle de Santa Cruz, plaza y calle Nueva á la iglesia mayor no fué poca, porque el calor era mucho, y el trecho no poco. Yo pensé que aquel pueblo era fresco, como me habian dicho; mas debíase de entender que era fresco porque no es nada salado, ó que lo es cuando no es menester, ó quizá, como los leoneses tenían tan publicadas sus fiestas, debió de venir á verlas el calor de Extremadura. Dijéronme que los temporales de Leon eran muy francos, y pensé que nacian por las calles manzanillas de oro; mas segun vi la franqueza, era que no sabe acabar por poco, porque comienza en fresco, y acaba en hielo, y su calor acaba en fuego: pueblo extremado. Llegué á la iglesia mayor, y poco antes de entrar en ella encontré con una tropa de mozas de cántaro, que pensé que eran gorriones en sarmentera, segun chillaban; y era que al pié del patio, que es el paseo de los señores de la iglesia, está la fuente que llaman de Regla; no á lo menos por la que allí les vi tener, sino por la que fuera razon guardar junto á tan sacro lugar, ya que está allí la fuente. Mas estaba tan ajena de regla, que yo vi moza que embebida en ver, oír y no callar, con un lacaisimo bellaquisimo se entretuvo cogiendo y vaciando agua en su cántaro de barro mas de media hora. ¡Dolor de su ama, si la estaba esperando con el frio de la calentura para que le echase ropa de la que le sobraba á ella! Lo que es la moza tardó mucho, yo la perdono, porque me dió á beber por su cántaro un poco de agua, que aunque gruesa y no nada fresca, por donde mojaba pasaba, y aficionéme mas á su cántaro que á otro, por ser el mas enjuagado ó enaguado, como dicen las ciliantristas.

Comencé á entretenerme en mirar la iglesia; es bien galana, tanto, que pensé que era el carro del día del Corpus, adornado de varios galardetes y banderolas. Noté que estaba notablemente envejecida la portada mas que ninguna otra parte de la iglesia, y pensé que la causa era porque todas las viejas gastan mas de boca que de ninguna otra parte, en especial cuando son

afeitadas; pero no es eso, sino que aquella portada está vieja y mohina y gastada de puro enfadada de ver entrar allí tantas caperuzas y tan pocos devotos á oír víspas y oficios tan solemnes. Aunque entré dentro de la iglesia, yo cierto que pensé que aun no había entrado, sino que todavía me estaba en la plaza, y es que como la iglesia está vidriada y trasparente, piensa un hombre que está fuera, y está dentro como corregüela de gitano. De otras iglesias dicen que parecen una taza de plata; de aquella puédesse decir que, no solo parece, sino que es una taza de vidrio que se puede beber por ella. Yo no sé para qué fin hicieron tan abrinquinado aquel famoso templo; si no fué porque como el frío y el calor de aquella tierra son traidores, quisieron que no se pudiesen esconder ni retraer á la iglesia, que la iglesia no vale á traidores, ó quizá el Topo que impedía aquel edificio cuando se comenzó á hacer en aquel sitio casa real, debió de sacar en condición que las paredes fuesen de vidrio y las bóvedas de toba; mal año si les mandaran hacer tejados de vidrio, ¿qué malas pedradas fueran estas? Yo hablo como boba, y á fe de penseque, que pudo ser que como la iglesia es chica, y la gente de aquella tierra mucha, en aquellos tiempos dieron traza que quedase la iglesia de modo que pudiesen oír misa desde la calle. Ya la gente está apocada, y así han cubierto los claros de las vidrieras y pintado allí unas cosas, aunque se han atajado muchos de los inconvenientes que yo pensé que había, y no debía de haber ninguno, que de esto de iglesia á mí no se me entiende mas que á puerca de freno.

A lo mejor de mi mirandura entré gran tropa de canónigos vestidos de blanco, las camisas sobre el sayo, que iban entrando al coro por diferentes puertas; yo, como era la primera vez que vi cosa semejante, pensé que era la hueste; mas despues, viendo que eran hombres como los otros, les perdí el miedo. Tras esto vinieron unas danzas de mozas, que llamaban las cantaderas; y guiada por este nombre, pensé que habian de cantar en el coro las víspas con los canónigos, como cuando cantan las sívillas; y como vi pocas sillas respecto del mucho número de prebendados, que me dicen ser ochenta y cuatro, y que las cantaderas eran mas de cincuenta, pensé que en cada una silla habian de estar cantando un canónigo y una cantadera; mas todo fué pensar en vago, que no iban á cantar, sino á bailar. Por cierto que las pudieran llamar bailaderas y no cantaderas, y ahorrarnos de un penseque de los muchos que me sobaban; y hay de mas de cuatro que yo no digo. Estas cantaderas eran buenas niñas, pollas de hasta diez y ocho ó veinte años; en fin, de mi edad, que no tuve yo poca gana de entrar en la danza y engerrirme como mujer de Pigargo, que se metió en el sarao de las reinas; y aunque al principio estuve por hacerlo, porque como iban bailando con atambores delante, pensé que iban haciendo gente; y como somos gente, pardiez por pocas nos asentáramos en la danza; por esta causa me anduve un rato tras ellas, bailando

con los ojos al son; y algunos de los que me veían me preguntaban si era yo cantadera. Yo, aprovechándome del nombre de cantadera y de la ocasión de fiska, les respondí: No, hermanos, que estoy en muda como colorin; yo no canto ni soy cantadera por todo este mes, y si algo canto, es cluenco como gallina, y es cuando pongo, y entonces soy cantadera para lo que les cumpliere. Con esto conjuré algunos nublados; con esto desaparecian como trasgos los mancebos pescudaderos, aunque alguno de ellos hubo que dijo: A lo menos, si vos no sois cantadera, tenéis gesto de encantadera. No se fué riendo, que yo le dije á él: Si yo soy encantadera, tápate con la cola, pues te sobra, asnazo. Ya me dicen que no son las cantaderas de diez y ocho años como solian, porque diz que han de ser doncellas, en memoria de las que lo eran en tiempo del rey Almanzor, que es una historia brava. Yo no la sé, mas bien pienso que si aquello durara y Santiago no lo remediara, llevaba camino el Almanzor de barrer cuanta virginidad habia en España. Parecía aquello á lo de la fábula del Lobo, que pidió en parias las ovejitas mas bobas; y el bobo Almanzor de cada parroquia diez ó doce cantaderas, y diz que todas vírgenes; y en mi ánima, que si fuera este tiempo, lo tuviera por medio milagro, y aun en aquel no era poco. Ellas decían que lo eran, que este es un pleito que nunca tiene mas de un testigo.

El modo de matricular estas danzantas me cuadró mucho cuando me lo dijeron, que diz que los curas tres meses antes de nuestra Señora de Agosto tienen cuenta con las casadas que mejor les parecen, de quien saben que son diligentes, y les encargan que les vistan y lleven una de aquellas bien impuesta, corriente y moliente, para bailar á son con un salterio que les van tañendo. Tambien les van tañendo delante á las cantaderas unos atambores; yo pensé que las llevaban á la guerra, porque pensé que fuera imposible consentir que un día como aquel, en que procuran los cantores desgañar los chorros á puro ser cantaderos de los forasteros, se habia de permitir henchir la iglesia de ruido de atambores, que totalmente impide el poder oír la misa, y parecen todos caldereros; ello causa debe de haber; mas si yo la entiendo, me quemen. Habíanme dicho que en las fiestas de Leon salen unos que llaman apóstoles, y pensé que tambien habian de ser cantaderos y bailar; mas despues me dijeron que no se usaba salir sino el día del Corpus, cuando sale la gomia y el gigante Golias, y que no bailan los apóstoles, por cuanto no hay allí el indulto que hay en Plasencia para salir los apóstoles con cascabeles y danzas, y llevar en la procesion borrico y borrica; pero ya que no danzan en Leon, no les faltan danzantes baratos que de casa del dianche sacan á danzar unos zancarrones, que es danza de mucho ruido y poca costa, que así lo requiere la tierra. Una cosa vi que se consoló mucho esta alma pecadora. En la iglesia de Leon hay una claustra ó calostra, no sé como se llama; sé que en ella hay un patio, que gastaron muchos ducados en medio enlosarle, y lo dejaron á la mitad, como al labrador

de Zabinos, que le hicieron la media barba á navaja y la otra le dejaron, á causa de que pidió plazos para la paga, y el maestro para la hecha. Dicen que se dejó así medio enlosado, porque aquella piedra la desmoronaba el agua, y á pocos años se volviera de piedra en arena. ¡Ay, Dios! ¿y el maestro no pudiera primero mirar los materiales que tenia? Así que, en el claustro donde está este medio enlosado ó este remiendo entero, me enteraron que ofrecen las cantaderas de la parroquia del señor Marciel, que es una iglesia que ha años que está comenzada á hacer de por amor de Dios, y porque no se acabe tan buen amor, no se acaba la obra; y aun me dicen que no solo ofrecen esto en aquella iglesia, pero que pocos días despues las mismas cantaderas llevan en un carro de bueyes un cuarto de toro, y le ofrecen á nuestra Señora: ¡ay Dios, qué llaneza! Yo de estas cosas de iglesia siempre pensé que era caso de inquisición el murmurar, porque si no, de esta ofrenda y del tributo de las pescadas, ajos y puerros, á fe que les habia de dar una matraca que les enviara á Egipto á los leoneses; no para hacer agravio á nadie, que bien sé que todo es santidad y nació de la antigua devoción pura y llana, sino para entretenerles y galoparles el gusto; mas como temo no quiera algun bachiller ir á mi costa á besar las manos á los señores inquisidores, no quiero meterme en agudezas, sino creer firmemente que las cantaderas de señor Marciel llevaban por guía delante de sí una que llamaban la Sotadera, la cosa mas vieja y mala que vi en toda mi vida, que me parece que para purgar una persona y digerir hígado y livianos y todos los entresijos bastaba enjugar dos veces los ojos con la cara de aquella maldita vieja cada mañana, que yo fio hiciera esto mas efecto que tres onzas de ruibarbo preparado. La cara pensé visiblemente que era hecha de pellejo de pandero ahumado; la facción del rostro puramente como cara pintada en pico de jarro, un pescuezo de tarasca, mas negro que tasaño de macho; unas manos embezadas, que parecian haberlas tenido en cecina tres meses; solo en una cosa vi que andaban bien los curas, que la mandaban á la Sotadora cubrir el rostro con una manera de zaranda, forrada en no sé qué argamandele, y con esto no la ven; con todo eso algunas veces que soliviaba la zaranda, pensé que aquel maldito basilisco me queria encañar por mi gran culpa, y daba el tranco que me ponía en Baeza.

APROVECHAMIENTO.

Personas mal intencionadas son como arañas, que de la flor sacan veneno; y así Justina de las fiestas santas no se aprovechaba sino para decir malicias impertinentes.

2.—DE LA VERGONZOSA ENGAÑADORA.

Una octava con hijuela que glosan el pie siguiente:

Hurté al ladrón, gané ciento de perdon.

A un jugador famoso, gran fullero,
Justina jugadera, mas fullera,

Con ser estético y mas duro que un madero,
Le hizo derretir cual blanda cera.
Trocóle el oro aparente en verdadero,
Purgóle la indigesta faltriguera,
Y á sus oídos canta esta canción:
Hurté al ladrón, gané ciento de perdon.

Madre, la mi madre,
Remediadme vos,
Que me miran ojos
Con amor traidor.
Prestadme unos ojos
Contra el mal miron,
Porque me desquite,
Y le cante yo:

Hurté al ladrón, gané ciento de perdon.

Ya que me vi libre de esta medio Celestina y eché de ver que no habia mas olas de forasteros ni forasteras, comíame los piés por irme á casa á la hora de las cinco ó poco mas, porque sabia yo que puntualmente aquella hora era en la que el fullero habia de acudir al meson, y aun él me lo habia enviado á decir, y que le viese á la hora de las cinco ó poco mas. Ya eran cerca de ellas. Dábame pena, que no sabia las calles; pero siendo fuerza el haber de ir á las cinco á la posada, quise mas dar cinco de calle que cinco de corto. Dios sabe la intencion con que él me envió á llamar, y aun yo la sé; la mia era muy diferente, yo la diré; él me echó la pulla, aprovechándose de los *agnus* que yo traía al cuello. Yo determiné hacerle con ellos mismos una que se le acordase; pues para que comiencen á verme el juego, supongan que me habian dicho que traía al cuello un muy hermoso Cristo de oro esmaltado, que de solo oro pesaba doscientos reales, además de unos pendientes de perlas graciosas y costosas, que de solo oirlo me jinglaba el corazon, que el oro tiene este efecto en las mujeres, que á las quietas las hace corredoras, por cuanto el orose labró con azogue vivo; y á las corredoras las para y detiene, como se vió en la doncella corredora, á la cual ganó y aventajó el mancebo que, yendo corriendo, derramaba manzanas de oro, y por cogirlas la doncella corredora se paró y perdió la apuesta; así que, sola la memoria de esta pieza de oro me hacia traer el corazon á la jineta. Esta era la pieza que él hacia asomadiza á las pollas, que es treta de motolitos y feos mostrar el vellochino de oro para que les tengan amor y vayan doradas las pildoras de sus faltas; y no dudo sino que es eficaz, que yo me acuerdo cuando para significar esto cantaba: «Tárraga, por aquí van á Málaga», etc. Y decia la copla: «Tárraga, ¿por qué camino rendiré de amor el pecho?» Y respondia Tárraga: «Párraga, si fueres hecho cual Júpiter de oro fino; Tárraga, no, que el amor tiene alas y volará.» Pero Párraga se estaba en sus trece y decia: «Tárraga, por aquí van á Málaga; Tárraga, por aquí van allá.» Así que, yo no dudo sino que este medio fuera eficaz, si lo que ofrecen á los ojos estos de tú si la viste, dieran con ello en las manos. Amor al Cristo si que le tenia yo; mas el que á él le tenia era tan poco, que con dos de girapliga le barrera de las faldas del corazon. Vaya de traza y no me maten, que esto de contar cuentos ha de ser despacio como el beber. Yo llevaba dos *agnus Dei* medianos á los dos lados de mi rosario de coral, uno de

plata sobredorado y otro de oro, notablemente parecidos. Por estos me había dicho el bellacon que eran las bulas de coadjutoria del canonicato. Eran, como digo, los *agnus* tan parecidos en la labor y apariencia, que á cualquiera que no fuera muy cursado artífice le engañara la indiferencia y rara semejanza que tenían las dos piezas entre sí. ¿Qué hago? Desato de mi rosario el *agnus Dei* de plata sobredorado, el cual guardé en la manga de mis cuerpos, que para secretaria era tan buena como una de un fraile francisco, de las que llamamos las damas arcas de Noé. El otro, para que mas campease, le puse con un rosario de azabache, que entonces era muy estimado; con todo eso costaba menos que ahora, que es el cosí cosí de Frómista, que el pato que valia menos, vendian por mas. Esto de los *agnus* á su tiempo verán de lo que sirvió.

Entré en el meson, y como supe dónde estaba, entré como que no sabia de él, pero tan compuesta y enfrenada como una mula de rua. No me hubo visto bien el fullero, cuando comenzó á meter fagina y gastar boliña y decir fanfarrias y muchos donaires, y algunos picantes, que estos necios son como lobitos, que no saben jugar sino á mordicadas; mas yo dejéle gastar el pimentero é híceme cuenta que pues no había respondido á la echadiza del camino, mejor era llevarlo por la via de colotorto, tan encargada de las damas del tiempo de Mascatrada. Entré baja, encobadera, maganta y devotica, que parecia abejita de Dios. Entonces eché de ver lo que sabemos disimular las mujeres y con cuánta razon pintaron á la disimulacion como doncella modesta, la cual debajo del vestido tenia un dragon que asomaba por la faldriquera de su saya. Por cierto, tan en mi mano estuvo disimularme y mostrarme temerosa, que con no tener mas vergüenza del hombre, que sí me hubieran tundido, hacia de la vergonzosa con tanta facilidad como si mi voluntad y mis carrillos estuvieran hechos del ojo. Esto del disimular, segun yo oí á un predicador, aunque seamos santas, lo hacemos, y trajo á propósito que Ester fingió delante del rey Asuero estar tan flaca, que no podia tenerse en pié sin el arrimo de una dama de palacio; y trajo de Judit, que fingió no ser viuda, y otras cosas, y la mujer de Abraham fingió que era su hermana. Paréceme que dijo que habian fingido sin mentir. Yo no dijera así, sino que habian hecho apariencia de ficcion. ¿Mas qué boba? ¿Ahora me subo yo á quebrar púlpitos? Bájome con decir que no se espante, que las pecadoras sepamos fingir y disimular. Como el estudiante me vió tan humilde y vergonzosa y que de solo alabarme de hermosa me ponía colorada, iba quebrantando olas y haciendo síncopas; en fin, poco á poco se iba enfrenando, y hablaba con menos orgullo, ca siempre fué verdadero aquel dicho del maestro: La vergüenza en la doncella enfrena el fuego y apaga su centella. En fin, ya vino á desfaltar y hablar con menos hipo; íbamos á menos, y calló. Ves aquí ya tenia Justina la perdiz parada; ¿mira tú si soy buena para perdiguero? Ayudóme mucho á hacer mi tiro que este barrabasinó

no sabia que yo era la que llamaban la Mesonera burlona; ó si lo sabia cogóle el diablo, que no se le acordó; y no me espanto, porque como esos fulleros lo viven todo de noche, como predicadores de setas falsas, y como nunca salen de la imprenta de Pierre Papin, no llegan á su noticia estas burlas largas y discretas, mas que si fueran misas de pontifical, que para ellos es pueblos en Francia, pues hay hombre de ellos que el día de Pascua oye misa para todo el año. Así que, no me conoció; respondíle con gran mesura: Yo beso las manos de usted, que seria bueno que me dijese ¿qué te contare? Cuadróle tanto mi virginal vergüenza y cortedad de palabras, que comenzó á decir: ¿Qué mujer esta? Qué vergüenza, qué agrado? Mal haya yo si no diera por una mujer como esta cuanto tengo. Así han de buscar los hombres las mujeres para casarse con estas vergonzosas, encogidas, temerosas, compuestas, que todo es esmalte sobre el oro de la hermosura (harto fué oyendo oro no saltar como la gata de Venus; mas como era el punto aquel de cazar ó espantar la caza, mandé al corazon que se metiese adentro, y á los párpados que echasen la tapa á los ojos de ello). Estas quieren de veras, estas son fieles, estas obedecen, estas regalan, estas entretienen, esta es la hermosura que se ha de preciar, esta es la hermosura que se ha de amar, este es el dote que han de buscar los hombres, esta es la dicha y suma felicidad. Aquí detuvo el portante, porque topó en la piedra del rubí de mi vergüenza, lo cual me cubrió de una hermosa púrpura, sembrada de escarlates cuando me alababa. Llanamente él me compuso una letanía de epítetos y gracias mias, que á ser yo tan blasfema como el pícaro del auto de Llerena, fuérale respondiendo *ora pro nobis*: lo que mas sacaba á luz los granos de mi granada era ver que como el hombre me habia perdido el miedo, por tenerme en posesion de parvulita é inocente, cuando me dijo aquella arenga daba de mano y traía la punta en par de *osolhos*, como quien prueba vista de burra que anda en venta. Tras toda esta laudatoria arrojó un celemin de ofertas cordiales. Mándame, señora, que mal haya yo si no la sirva de ojos, que aunque me ve apicarado, y sin temor de Dios y de las gentes, de que me arrepiento, vive Dios, que me muerdo por doncellas virtuosas y de vergüenza. Juraré yo que está usted criada á pechos de buena madre, que en el blanco de los ojos se lo echara de ver un niño. En diciendo esto, trocó la lengua en ojos, digo, que una modestia, aunque sea fingida, de una mujer pondrá puertas al mar y quemará un rio con toda su corriente. Véanlo por mi hombre, á quien mi vergüenza tenia en tal disposicion, que en el calor de su pecho pudiera coocer mas masa que un horno de concejo, y en las llamaradas de sus ojos se pudiera quemar Dardín Dardeña, y le debia de dar su corazon y el dios machorro mas recios golpazos que mazo de batan ó que cordoncito de santera.

Como yo vi buena coyuntura, y tal, que pesara él cada onza de mis palabras á otro tanto de topacion, entré con mis once de oveja, y fingiendo que de pura ver-

güenza tenia caidas las golillas y que tragaba saliva á duras penas, y tantas, que á garabatas de ruegos era necesario patearme las palabras, le dije: Por cierto, señor licenciado, que no está usted engañado en ofrecerme toda esa merced, que es cierto verdad que anoche aquí en la posada me dijeron que usted pretendia empeñar una pieza de oro por no sé qué dinero prestado, y dije que me le llamasen á usted, que yo queria, sin otra prenda mas que su palabra, prestarle todo el dinero que traigo, que son cincuenta y cinco reales y dos cuartos; porque yo sé que el señor su tío de usted es muy abonado y rico, y usted puede pagar mas que eso, que ha dias que una malograda hermana que tengo, á quien no me parezco en la condicion, antes por huir sus libertades vengo á buscar mi remedio y encomendarme á nuestra Señora del Camino, esta me dijo quién era su tío de usted. A esta razon, como fundada en falsa presuncion, él se hizo de nuevas, y dijo: Por cierto, señora, en lo que toca al ofrecerme el empréstito, usted me ha echado una ese y un clavo, y una argolla y un birrote, y una cadena y unos grillos, y una amarra mejor dijera, y una albarda para todos los dias que yo viviere; mas eso de empeñar mi pieza no me ha pasado por el pensamiento, porque á mí me sobran quinientos reales á su servicio de usted; y harto mal me habian de andar las manos si á costa de bobos no hubiese yo de sacar de Leon horros unos ochocientos y el papo, fuera que el trato que yo tengo es mas seguro que en cueros de Indias. Tener un Cristo de oro, si que le tengo, y le mostré á Julianica, la moza de casa; mas ella podrá decir si yo he tratado de tal empeño; solo le dije por via de chacara: ¿Cuánto me darás, Juliana, por esta pieza? Así lo creo yo, dije, que esa pieza no la habia usted vendido ni empeñado, sino que la debe traer consigo. Así es, dijo el hombre, y véala usted, y comenzó á desabotonar el sayo. Yo, como vi á hombre quitar botones de sayo, atemoríceme y apartéme un poco; mas él se me llegó un mucho y me hizo miralle por fuerza, diciendo: Mírele, señora, que quizá no habrá visto otra tal pieza. Yo, no con pocos ademanes de vergüenza, soltándole y tornándole á tomar, le miré y remiré á mi sabor, por señas que creo que se me salió el alma á los ojos, y tras ellas las tres potencias á mirar la pieza. Alabéla parte por parte, y púsele en las nubes, por ver si me le daba; mas ¿quién le habia de alcanzar, habiéndole puesto en las nubes? Repetíle mil veces: Usted le goce con quien mas bien quiere, pensando que quizás me respondiera, pues usted la goce, porque usted es á quien yo mas quiero, ó si quizá me preguntase si me queria servir de él; mas paréceme que por entonces no quiso. Es muy ordinaria treta de mujeres alabar una cosa para que nos la den, ó por ganar nuestra boca ó por temer no reventemos de antojadas. Está tan en uso esto, que ya se tiene por vil quien no se deja caer en este lazo; mas yo conocí un bellacon que con gran sutileza se salia de él. Si le alababan mucho alguna buena pieza, oíalo; y ya que se habian cansado de alabarla, ó por mejor decir, de pe-

dírsela, preguntaba muy de reposo: ¿De veras, señoras, que á vuesas mercedes les parece bien? Decían: Sí, y resí mil veces, por entender que á cabe de paleta estaba el decir: Pues sírvase usted de la pieza. Mas él entonces con mucha pausa decia: Huélgome que esta pieza esté calificada con tan buenos votos, por estimarla mas de aquí adelante; yo, por ser tal la aprobacion, la terné por pieza avinculada. A gente mas moderna solia decir, cuando le loaban sus cosas: No me espanto que á usted le parezca bien, que por buena me costó. A mí este mi hombre no sabia tanto de respuestas, como de echar cerraderos, y hízose gorra, aunque pienso que lo debió de hacer por pensar que de vergüenza no la recibiera yo á título de dada.

Ya que vi que este tiro habia salido incierto, eché el resto de mis estratagemas, y comencé á fingir con ademanes y tragantones de saliva, encorvadas de rostro y cuello, que no me atrevia, aunque queria, decirle una cosa; mas él, que de mis palabras razonaba mas que rocin de yerba nueva, no via bien asomada á mi boca una palabra, cuando me la procuraba sacar con raíz y todo; y de esta suerte, y con protesta de que cuanto le pidiese me daria, aunque fuese la mitad de su reino, me sacó la razon siguiente: Señor, yo quisiera, no sé si lo diga, yo quisiera trocar este *agnus Dei* de oro; y así, si usted en algun tiempo ha de trocar esa pieza de oro, yo trocaré con usted, y lo que pasare mas yo lo pagaré á usted, que ya yo he dicho á usted que traigo dinero, y si no alcanzare, aquí traigo un manto de soplillo y estos corales para paga ó empeño; cuanto y mas que bien sabe usted y bien saben los de la posada que yo queria fiar de usted, y asimismo creo me fiara, pues soy abonada. ¿Qué razones estas para no le enternecer? Qué cabe para no le tirar? Qué lazo para no caer? No hube bien dicho esto, cuando descuelga la pieza de oro del cuello y me la pone en las manos. Miren qué duro trance para una doncella vergonzosa como yo! Yo cuitándome toda, sonrojada é inquieta, andando el medio caracol, y orejeando con las dos manos, le dije: ¡Ay, señor, que no quiero! ¡Tómelo allá! ¡Desdichada de mí! No quiero yo nada dado; lo que quiero es que lo tase un platero, y lo que fuere de mas á mas, de su Cristo á mi *agnus* de oro, yo lo pagaré á dinero. ¿Qué dirán de mí los primos y primas que vienen conmigo, sino que soy alguna mala mujer? Vaya conmigo el piadoso lector, y no me tenga por boba, que yo me entendia. ¿Quieres saber por qué lo dije esto del platero? Hicelo y díjelo porque pudiese yo decir que el trueco, ó por mejor decir, que el engaño habia sido á vista de oficiales, sin poderse llamar jamás á engaño ni ponerme ante justicia, y para otras cosas que luego verás. Tanto le porlé, que por mi ruego trajo un platero amigo, á quien dijo: Señor, á esto os llevo, encárgoos que en todo seais contra mí, y en nada contra la dama con quien trueco; que vive Dios, que mi gusto era que ella se sirviera de la pieza de bueno á bueno. De las fanfarrias que él dijo al platero sobre la paga que él esperaba de su alejandría no me haga